

de lo posible, obtener una mejora de la misma, ya que en ella se verifican la bravura y las condiciones de las reses, previas a su lidia.

Las tientas han perdido seriedad y categoría. La tienta debe ser una operación rigurosa. Para algazara y barullo hay otras como el herradero. Pero las tientas son otra cosa y si, de verdad, se quiere sacar fruto de ellas, es preciso que los que asistan se estén tan callados y quietos como en misa. El Conde de la Corte, en su finca “Los Bolsicos”, hacía la tienta con una extremada formalidad. La faena no era presenciada, como curiosos, por nadie o casi nadie. Todos los asistentes iban a trabajar en la debida forma y no a divertirse. Solía llevar a los mejores garrochistas de Andalucía la Baja y aquel que no era invitado se llevaba un gran disgusto, dado la gran fama de seriedad que tenía la operación y el gran prestigio que daba el acudir a la faena. El silencio que reinaba en la operación era impresionante, ya que al principio el Conde decía: “¡Señores ganaderos (se refería a los que iban a comprar becerros) y queridos amigos! Vamos a empezar a tentar, y les ruego, en beneficio de todos, que guarden un silencio sepulcral y que procuren por todos los medios no llamar la atención de los becerros, ni distraer a los que están tomando parte en cada momento en la operación”.

Cuando Fernando VII propuso a don Manuel Gaviria que se encargase de la reforma de su ganadería, dados los conocimientos y brillantez con que gestionaba la suya, en la primera tienta que realizó Gaviria, en noviembre de 1831, de 207 vacas sólo fueron aprobadas, en la Real Vacada, 36.

Es tal la importancia de las tientas que de ellas dependerá la elección, nada más y nada menos, que de los sementales que se encargarán de padrear, de las futuras madres, de los animales que protagonizarán la lidia, de los que enfilarán el camino al matadero, de los formarán la “saca” (ganado dispuesto para la venta), o los desechados en tienta (reses que se restan a la ganadería, después de separadas las destinadas a la reproducción y a la lidia en las corridas de toros) para ser lidiados normalmente en novilladas o en otros espectáculos menores o populares y de los que ordinariamente se sacan los cabestros (animales castrados).

Como vemos es enorme la influencia de la tienta en la futura estructura de la ganadería, de ahí la importancia del acierto en la nota, que no es otra cosa que la apuntación del juicio que, de la bravura de la res, forma en el tentadero el director de la operación, que no debe ser otro que el ganadero, el dueño del

ganado, el obligado a cuidarlo y tratar con él, con la estrecha colaboración, ayuda y consejo del mayoral, pastor principal encargado del cuidado de los ganados.

En la cría, además de los caracteres externos como el trapío, la talla, la conformación etc., hay otras condiciones necesarias como la bravura y otras de carácter psicológico, como el temperamento, que son tenidas en cuenta por los datos de la tiente, que por ello es una prueba muy compleja. El apreciar la bravura presenta modalidades múltiples de carácter y temperamento difíciles de medir y analizar.

La tiente, que es una lidia en miniatura, y la conducta registrada en los libros de la familia o reata, es decir la herencia, son los procedimientos que sigue el ganadero para descubrir la sospechada bravura, aislarla y conservarla. Dos variables de dos procedimientos, claramente insuficientes, porque los errores frecuentes del ganadero propugnan la insuficiencia del método. Y sin embargo se desconoce otra práctica.

La tiente suele ser un bello espectáculo campestre, debe ser una faena muy escrupulosa, con trabajo y atención del ganadero. Porque de ahí ha de salir el toro bravo. Qué duda cabe que, para su práctica, y para su mejor desarrollo, hay que tener un especial cuidado en la elección de los profesionales que han de llevarla a cabo (tentadores, acosadores, amparadores etc.) y el lugar, existiendo por lo general en las fincas ganaderas edificaciones especiales para su desarrollo, que son a veces verdaderas placitas de toros.

Los toros escogidos para ser lidiados, han de ser los de mejor nota, pues del resultado de su lidia va a depender el prestigio de la ganadería y de su cotización. Al ganadero debe interesarle mucho, que las corridas resulten encastadas haciendo honor a su linaje y, sobre todo, que no pierdan la fisonomía de la casa, hecho que se consigue “afinando” en la selección el tipo de cada camada, como cualidad específica de la ganadería brava, exigiendo en el ganadero, poseer conocimientos relativos al mecanismo de la herencia, para saber fijar aquellos caracteres que sean más convenientes para la mejora de su vacada.

En las ganaderías debe haber un registro genealógico en el que conste, por cada res, la fecha de su nacimiento, padres, nombre, pinta, número, datos del

herradero y tienta, descendencia si fuese reproductor y finalmente juego dado en la plaza si se lidiase.

La continuada selección que, de modo artificial, han practicado los ganaderos, ha creado en el toro una hipersensibilidad para la acometida.

Los ganaderos españoles, mediante una adecuada selección y régimen de crianza, han conseguido crear el toro de lidia, animal de destacada sensibilidad y segura acometividad, fuerte e impulsivo, de reacciones rápidas, frente a excitaciones específicas y capaz de desarrollar movimientos complicados, persiguiendo al estímulo retador.

La ley fundamental de la bravura del toro de lidia consiste en cambiar el instinto de la huída por el de la acometividad. Ambos instintos los lleva en su potencial hereditario o casta que el ganadero debe seleccionar con esmero entre los animales de su ganadería.

La acometividad es el patrimonio más valioso de la sangre brava. Se ha llamado a la acometividad, nervio de arranque y debe comprender el ganadero la importancia de las pruebas funcionales o selectivas de la acometividad, entre las que resulta imprescindible la tienta, para lograr excelentes reses bravas.

Así, el becerro a las pocas horas de nacer, sin apenas poder sostenerse en pie, ya muestra el instinto de acometer. Hay un fondo innato impuesto por la biología, como base del instinto de defensa, pero en el toro que no es bravo, durante la época de su lactancia, por variaciones psíquicas motivadas por el adiestramiento continuado, crea un factor de inhibición que anula por completo el estímulo, sin despertar ninguna reacción; en cambio el toro de lidia acusa, por el contrario, una reacción rápida a estímulos simples como son el movimiento y el color.

Dos son los métodos fundamentales que tradicionalmente han empleado los ganaderos en la cría de las reses para conseguir su mejora genética y que son la selección y el cruzamiento o mestizaje.

La selección se lleva a cabo entre reproductores de la misma raza; es la cría valiéndose de los elementos de la propia ganadería, para lo que resulta imprescindible el conocimiento del comportamiento de cada res tanto en el